

RLF^P

Revista
Latinoamericana de
Filosofía
Política

Centro de Investigaciones Filosóficas

ISSN 2250-8619 • Vol. XII • N° 9 • 2024 • Buenos Aires • Argentina

**SOCIALISMO Y CAPITALISMO IDEALES:
UN ANÁLISIS DE LAS POSTURAS DE
COHEN Y BRENNAN**

Santiago Quer Cueto

SOCIALISMO Y CAPITALISMO IDEALES: UN ANÁLISIS DE LAS POSTURAS DE COHEN Y BRENNAN

SANTIAGO QUER CUETO

Facultad de Artes Liberales

Universidad Adolfo Ibáñez, Chile

santiago.quer@edu.uai.cl

RESUMEN

Los filósofos Gerard Cohen y Jason Brennan, a través de sus libros *¿Por qué no el socialismo?* (2009) y *Capitalismo, ¿por qué no?* (2014) respectivamente, discuten sobre la superioridad moral del sistema que cada uno de ellos defiende. Ambos autores pretenden hacer una exposición del sistema que respaldan en su versión ideal, la que confrontan con la versión ideal que cada uno tiene del modelo opuesto. La idealización supone, además de que todas las personas son moralmente perfectas, substraerse de características que las expresiones reales de dichos modelos presentan. En este trabajo argumento que ninguno de ellos consigue su propósito pues caen en comparaciones “injustas”, a saber, cada uno compara su modelo idealizado con una versión más bien realista del modelo contrario.

Palabras clave: Socialismo, capitalismo, propiedad privada, utopía, justicia, crecimiento económico.

ABSTRACT

Philosophers Gerard Cohen and Jason Brennan, through their books *Why Not Socialism?* (2009) and *Capitalism, why not?* (2014) respectively, discuss the moral superiority of the system that each of them defends. Both authors intend to make an exposition of the system that they support in its ideal version, which they confront with

the ideal version that each one has of the opposite model. Idealization implies, in addition to the fact that all people are morally perfect, subtracting from the characteristics that the real expressions of said models present. In this work I argue that none of them achieves their purpose because they fall into “unfair” comparisons: namely, each one compares their idealized model with a rather realistic version of the opposite one.

Keywords: Socialism, capitalism, private property, utopia, justice, economic growth.

Introducción

En 2009, Gerard Cohen, filósofo y profesor de la Universidad de Oxford, publica su libro *¿Por qué no el socialismo?*, en que realiza una defensa de este sistema haciendo una comparación entre un modelo de socialismo ideal, ejemplificado en la experiencia de un campamento, y el capitalismo real. En respuesta y diálogo con éste, en 2014,¹ Jason Brennan, filósofo y profesor en la Universidad de Georgetown, publica *Capitalismo, ¿por qué no?*, libro en que defiende el capitalismo utilizando, como ejemplo de su versión ideal, *El Club del Ratón Mickey*, y comparándolo con los socialismos reales. La pretensión de ambos autores es demostrar la superioridad moral del sistema que cada uno defiende, así como su deseabilidad por sobre el otro.

Los ejercicios de Cohen y Brennan comparan el modelo ideal de sociedad que pretenden defender –socialismo en el caso de Cohen y capitalismo en el de Brennan– con el sistema antagonista en su versión real –capitalismo real en el caso de Cohen y socialismo real en el de Brennan–. A mi juicio, esto no

1. Esta respuesta de Brennan es un diálogo póstumo pues Cohen había fallecido el 2009, mismo año en que se publica su libro *¿Por qué no el socialismo?*

permite probar la superioridad moral de uno, ni la inferioridad moral del otro. Las comparaciones plausibles serían entre los modelos ideales de ambos sistemas o, en su defecto, entre las versiones reales de ellos. La comparación del ideal de uno con el real del otro no parece dar fundamento a sus conclusiones. El filósofo de Georgetown coincide con lo expuesto al señalar que

las comparaciones relevantes son el comparar el socialismo ideal con el capitalismo ideal y el socialismo real con el capitalismo real. Cohen falla entonces en establecer si es que el capitalismo ideal es o no superior al socialismo ideal. Si Cohen quiere demostrar que el socialismo es intrínsecamente superior al capitalismo, debería comparar su camping socialista con algo como *el Club del Ratón Mickey* (2014, cap. 3).

A partir de lo anterior, Brennan se propone mostrar que, incluso comparando el socialismo ideal con el capitalismo ideal, este último es moralmente superior y más deseable.

Mi hipótesis es que ninguno de ellos consigue su propósito. Para mostrarlo, en la sección I revisaré las que, según Brennan, son las falacias en que incurre Cohen en su argumentación. En la sección II, trataré las concepciones que tienen respecto de la propiedad privada y la capacidad que cada sistema brinda para la persecución de los proyectos de vida, todo lo cual incide en la posibilidad de las sociedades para crecer y prosperar, asunto que abordaré en la sección III, para terminar, en la sección IV, con un análisis de las utopías que ambos autores defienden.

I. Las falacias de Cohen

El primer elemento que Brennan pone en discusión es la concepción de justicia de Cohen, quien, a su juicio, afirma “que los filósofos han construido teorías de justicia muy poco ambiciosas porque, equivocadamente, tratan la naturaleza del ser humano como una restricción” (2014, cap. 3), con lo que rebajan el nivel de sus teorías de justicia al adaptarlas a las motiva-

ciones reales de las personas. En virtud de ello, Brennan se propondrá hacer su análisis suponiendo una utopía en que la gente es moralmente perfecta y, a partir de ello, sostendrá que, incluso bajo este presupuesto, el capitalismo supera al socialismo. Para demostrarlo, en primer lugar, expondrá las que a su juicio son las dos falacias en que cae el filósofo de Oxford en su argumentación.

La primera falacia que denuncia Brennan es la de comparar un sistema ideal con uno real, afirmando que:

Cohen sostiene que el socialismo es mejor que el capitalismo y su línea argumentativa es la siguiente:

1. El camping socialista es mejor que el camping capitalista.
2. Es deseable hacer funcionar el mundo como el camping socialista. El mundo, de esta manera, sería mejor de lo que es actualmente.
3. Por lo tanto, el socialismo es intrínsecamente más deseable que el capitalismo.

El problema es que incluso aceptando las premisas (1 y 2), la conclusión de Cohen (3) está equivocada (2014, cap. 3.).

Brennan explica que Cohen nos presenta una pequeña sociedad ficticia, una especie de campamento socialista, en que las personas tienen un carácter y comportamiento moral perfecto, el que luego contrasta con la imagen que él tiene del capitalismo real, representada en un campamento capitalista, en que están presentes la codicia, la insensibilidad y la competitividad. De esta manera, continúa, efectivamente Cohen podría estar en lo cierto al preferir el sistema ideal socialista que define por sobre el modelo capitalista real. Sin embargo, si este es el caso, la segunda premisa debiera ser reemplazada por: “un mundo socialista con gente moralmente perfecta es mejor que nuestro mundo real, con gente real e imperfecta” (2014, cap. 3). En tal caso, sostiene, la conclusión (3) está errada. En cualquier caso, concluye, no es muy interesante la comparación

de un sistema idealizado con otro en su versión real, y, peor aún, no demuestra nada.

La segunda falacia, afirma Brennan, consiste en asociar regímenes con valores o motivaciones humanas. En este sentido, sostiene que tanto el socialismo como el capitalismo son sólo maneras de organizar los derechos de propiedad y, por tanto, no tienen relación con las motivaciones humanas. Consecuentemente, afirma, no podemos asociar al socialismo con la virtud o el espíritu de comunidad ni al capitalismo con la codicia y el miedo. Que un régimen sea capitalista o socialista, sostiene, no está vinculado a las motivaciones de quienes participan en él, concluyendo que, “una sociedad capitalista carente de codicia y miedo –como *el Club del Ratón Mickey*– no es menos capitalista que una sociedad capitalista plagada de ambas” (2014, cap. 3).

Así, la segunda falacia sería que el filósofo de Oxford vincula indisolublemente socialismo con virtudes humanas y nobles motivaciones, y capitalismo con vicios y execrables motivaciones, cuando en lo que estos sistemas se diferencian es exclusivamente en aceptar o no la existencia de la propiedad privada. Sin embargo, Brennan incurre también en la falacia que denuncia al sostener que “el más importante predictor cultural de que un participante va a «jugar honesto» con desconocidos es cuán orientada al mercado sea su sociedad” (2014, cap. 3), pues está explícitamente vinculando un cierto tipo de comportamiento con el sistema capitalista.

Sobre la base de estas dos falacias, Brennan desecha la afirmación de Cohen de que el socialismo ideal es mejor y preferible. Sin embargo, aun compartiendo que no se debe vincular los sistemas de asignación y distribución de la propiedad con los valores y las motivaciones humanas, es necesario señalar que el modelo socialista presentado por Cohen no se define sólo por la ausencia de la propiedad privada, de la misma manera que el capitalismo descrito no está exclusivamente determinado por el hecho de que ésta exista. En efecto, el socialismo ideal expuesto se basa en “dos principios [que] se materializan en el campamento: un principio igualitario y un principio comuni-

tario” (Cohen 2011, 15), lo que va más allá de sólo establecer el sistema de propiedad. De la misma manera, como veremos más adelante, el modelo de capitalismo ideal expuesto no está restringido a la definición del régimen de propiedad, sino que también incluye la posibilidad de desarrollar proyectos de vida (lo que se relaciona con las motivaciones humanas), de permitir el crecimiento y la prosperidad, e incluso de dar cabida a que convivan en él otros modelos, incluido el socialismo; capacidades, todas estas, que no tendría el sistema socialista.

Con todo, sostengo que Cohen no logra mostrar que el socialismo ideal sea moralmente superior y preferible al capitalismo; ni al ideal, porque no se compara con éste, ni al real, porque esa comparación no tiene mayor sentido. Nos queda ahora la tarea de revisar si, por el contrario, consigue Brennan fundamentar que el capitalismo ideal sí es preferible y superior moralmente.

II. Propiedad privada y proyecto de vida

Como ya dije, lo primero que expone el filósofo de Georgetown es que lo que define al socialismo es la inexistencia de la propiedad privada y la privación de todo aquello a lo que ésta da lugar, en particular el mercado. En tanto al capitalismo lo define la existencia de ésta y, en consecuencia, del mercado y las capacidades que genera. Respecto de la negación de la propiedad privada en el socialismo, matiza, éste no se opone a que las personas posean objetos, sino a que los utilicen productivamente (Brennan 2014, cap. 4), es decir, lo que prohíbe es la propiedad privada de los medios de producción, lo que asocia con la planificación centralizada, opuesta a la de mercado. En este sentido, es necesario destacar que lo que Cohen describe en el campamento es la propiedad colectiva (2011, 9, 14), no la concentración de ésta en manos de “su representante, el gobierno socialista” (Brennan 2014, cap. 2), de manera que, en el socialismo ideal, lo que habría es una planificación colectiva,

no una centralizada. En cualquier caso, independientemente de si en el socialismo la propiedad es colectiva o centralizada, lo que éste no permite es la propiedad privada, y será lo que la existencia de ésta habilita y su ausencia impide en lo que Brennan basará su defensa del capitalismo.

El primer argumento que nos ofrece en favor de la propiedad privada es que “la gente valora el tener la posibilidad de buscar y perseguir proyectos propios y, para lograrlo, muchas veces necesita tener objetos sobre los cuales pueda ejercer su control y uso a su manera” (Brennan 2014, cap. 4). Y si bien éste resulta plausible, en el socialismo utópico ofrecido nada impide que las personas tengan y persigan sus propios proyectos pues, aunque Cohen no se pronuncia explícitamente sobre ello, indirectamente lo aborda señalando que el “objetivo común es que cada uno lo pase bien, haciendo, en la medida de lo posible, las cosas que más nos gusta hacer” (Cohen 2011, 9). La afirmación de Brennan descansa en que vincula indisolublemente la propiedad privada con la posibilidad de tener y perseguir un proyecto de vida, empero, sostengo, en el escenario de las utopías, no pareciera que una sea condición necesaria de la otra y, por el contrario, en un entorno ideal, donde están presentes las mejores virtudes y más nobles motivaciones, nada impide que las personas diseñen y persigan proyectos de vida, en tanto ellos estén en el marco de la concepción de justicia e igualdad que comparten.

Su argumento anterior, Brennan lo complementa agregando que “la gente tiene además razones para salir en busca de esos proyectos por ella misma, sola, sin estar obligada a hacerlo de manera colectiva” (2014, cap. 4). De lo anterior se desprende que presupone que, en el socialismo ideal, cualquier proyecto que las personas deseen emprender deberán, necesariamente, desarrollarlo colectivamente. Empero, del hecho de que en la narración del campamento no se haga referencia a los proyectos de vida no se sigue necesariamente que todas y cada una de las actividades que se desarrollan en él deban forzosamente hacerse de manera grupal. Por el contrario, Cohen señala que,

de las actividades que realizan en el campamento, algunas las hacen juntos y otras cada uno por separado (Cohen 2011, 9).

Siguiendo con los proyectos de vida, Brennan sostiene, recurriendo a John Tomasi, que, si se niega a los individuos tomar libremente decisiones sobre su vida laboral, se les impide hacerse responsables de sus vidas (2014, cap. 4). No puedo sino compartir que, para que haya responsabilidad por las consecuencias de las decisiones tomadas, debe haber libertad de elegir. Sin embargo, esta afirmación asume que en el socialismo ideal no existe la libertad de las personas para decidir en qué trabajar, lo que el socialismo no impide, pues Cohen afirma lo contrario en su relato del campamento:

Alguno pesca, otro prepara la comida y otro cocina. La persona que odia cocinar pero que disfruta lavando los platos puede lavar los platos, y así sucesivamente. Entre nosotros hay muchas diferencias, pero nuestros acuerdos mutuos y el espíritu de la empresa garantizan que no haya desigualdades respecto de las cuales alguien pueda plantear una objeción de principios (Cohen 2011, 9).

Finalmente, el filósofo de Georgetown asevera que el hecho de que cada persona persiga sus propios fines privados produce sistemáticamente las condiciones para la creación de riqueza, oportunidades y progreso cultural (2014, cap. 4), con lo que está afirmando, indirectamente, que el socialismo utópico no permitiría alguna –o ninguna– de estas tres cosas. Lo primero a destacar es que aquí equipara “proyectos de vida” con “perseguir ‘fines privados’”, a los que posiblemente el socialismo se opondría. Pero, más que analizar si esto sería así, me parece que, pasando por alto la no fundada y cuestionable relación que establece entre fines privados y progreso cultural, es otro el elemento relevante a analizar: la vinculación que establece entre perseguir fines privados, lo que sólo ocurriría en el capitalismo, y la capacidad de producir riqueza.

III. Crecimiento y prosperidad

La capacidad de crear riqueza y, por consiguiente, de generar crecimiento y prosperidad pareciera ser el elemento de fondo que Brennan persigue y, al mismo tiempo, en el que sustenta su argumentación a favor del capitalismo. En efecto, sostiene que sólo en la sociedad capitalista se produce el crecimiento que da lugar a la prosperidad, la que, por cierto, genera la desigualdad a la que se opone el socialismo:

Imaginemos que nos encontramos una torta que no tiene dueño. La manera más intuitiva de dividirla sería darle a cada uno una porción igual. Sin embargo, supongamos que es una torta mágica, es decir, supongamos que cambia de tamaño dependiendo de cómo la cortemos. Si la cortamos en partes iguales, la torta se queda pequeña. Si la cortamos de manera desigual, se convierte en una mucho más grande. Rawls señala que si no fuésemos envidiosos y sí racionales preferiríamos cortarla de manera desigual, pero con mayores pedazos que cortarlo en partes más pequeñas pero iguales (2014, cap. 3).

Esa ‘magia’, que sería exclusiva del capitalismo, es el crecimiento que generaría éste a partir de la propiedad privada y la posibilidad de cada individuo de emprender sus proyectos individuales, creando una riqueza que, aun distribuida de manera desigual, permite que incluso los que menos reciben, reciban más que si la riqueza se mantiene estática distribuyéndole a todos una porción igual, pero menor. Lo anterior descansa en un supuesto no justificado, cual es que la actividad desarrollada por las personas en el ideal socialista no produce riqueza: ‘la torta se queda pequeña’. Ciertamente el socialismo presentado no produce riqueza individual, o al menos no una que se distribuya de manera desigual, pero de ello no se desprende que ésta no se cree, no se genere crecimiento y no se logren crecientes niveles de prosperidad.

La aseveración de Brennan podría tener asidero en el mundo real, no así en el ideal que tanto él como Cohen proponen

pues, en el espacio de las utopías, el crecimiento resulta de lo que la sociedad produce, sea esta socialista o capitalista. Esta incapacidad que le adjudica al socialismo se debería a que sólo el mercado permite alcanzar la prosperidad, haciendo, en consecuencia, a las sociedades que lo tienen más avanzadas que a las socialistas. Lo anterior, afirma, porque el intercambio es un juego de suma positiva, particularmente en una utopía (Brennan 2014, cap. 4). Este argumento se puede leer de dos maneras: una primera, que supone que el intercambio es exclusivo del capitalismo y, una segunda, que asume que, aunque lo haya en el socialismo, sólo el del capitalismo, por las características que tiene en éste, genera riqueza.

Respecto a la primera lectura de la aseveración de Brennan, su afirmación no se sostiene pues lo que descarta el socialismo ideal es el intercambio capitalista de mercado, pero concibe otro, al que le impone condiciones que, como es esperable, son utópicas: “Es suficiente que trate a cada persona con la que tengo un intercambio u otro tipo de contacto como alguien con quien tengo la actitud de reciprocidad que caracteriza a la amistad” (Cohen 2011, 43). Debo hacer notar, sin embargo, que Cohen no explica en qué se traduce en términos concretos ‘la actitud de reciprocidad que caracteriza a la amistad’. Y, ciertamente, no señala tampoco cuáles son los intercambios que se pueden dar, habida cuenta de que no hay propiedad privada. Así, coincido con Brennan en que el intercambio es, en una utopía, un juego de suma positiva, pero esto es así tanto en la utopía capitalista como en la socialista.

En cuanto a la segunda lectura, esta se basaría en los elementos constitutivos del intercambio de mercado: la propiedad privada de los bienes a intercambiar, los precios (portadores de la información) y los incentivos (el beneficio de las partes). Si bien el autor reconoce que, en el socialismo ideal, el problema por la ausencia de incentivos no existe, destaca que la ausencia de precios en éste –y la información que entregan– impide la coordinación para la creación de riqueza pues, “si la gente se quiere beneficiar de la división del trabajo y poder cooperar y

trabajar en conjunto con cientos de miles, millones y billones de personas, necesitarán de los mercados” (Brennan 2014, cap. 4). Aun siendo cierto lo afirmado, el argumento que entrega es de escala, es decir, reconoce que el sistema puede funcionar en el campamento, pero que no sería operable cuando pasamos de éste a la sociedad completa pues, para ello, se requiere la información que proveen los precios. Como ya dije, en el campamento, la propiedad y la planificación son colectivas, no centralizadas, de manera que, en ese mundo utópico, sería posible que la información sobre las necesidades de sus habitantes y la escasez o abundancia de bienes esté presente y sea compartida sin la necesidad de contar con los precios para ello. En consecuencia, Brennan está imponiendo a la utopía del socialismo una dificultad que corresponde al mundo real. Adicionalmente, conviene recordar que el problema de escalabilidad es reconocido por ambos autores: la dificultad de expandir sus sistemas ideales más allá de las fronteras del campamento y *el Club del Ratón Mickey*. Esta pareciera ser la brecha, quizá insalvable, de las utopías.

IV. Las utopías: ¿varias sociedades?

A juicio de Brennan, tanto él como Cohen desarrollan sus modelos ideales bajo el supuesto de que en ellos

todas las personas son moralmente perfectas. Lo que se requiere para ser moralmente perfecto la gente lo hace sin quejas. En este mundo paralelo –llamémoslo utopía– la gente siempre hace conscientemente lo correcto por la razón correcta y se siente bien al respecto. En este mundo, todos tienen un sentido perfecto de justicia y sus demandas son siempre justas (Brennan 2014, cap. 4).

Es a partir de esta base que ellos diseñan sus sociedades ideales y sus prácticas, en particular la existencia o no de la propiedad privada y la desigualdad que ella conlleva, y sustentan la superioridad del modelo que defienden.

En el mundo ideal que proponen, ni el egoísmo² ni la codicia están presentes, sino que prima el bien común por sobre los intereses individuales. Ni siquiera la ‘tragedia de los comunes’³ es un problema y, más aún, la dificultad de escalabilidad, desde el campamento y *el Club del Ratón Mickey* a toda la sociedad, es superada. Pese a ello, varios de los argumentos expuestos por uno y otro para refutar el modelo al que se oponen se basan en circunstancias del mundo real, con lo cual fallan en su pretensión de sustentar la superioridad de los modelos que defienden.

Por otra parte, ninguna de las propuestas aborda otro elemento que es preciso tener en consideración, cual es la existencia de otros campamentos o clubes, igualmente ideales, y las condiciones de relación e intercambio entre ellos. Me refiero a cómo se relacionarían varias de estas sociedades/naciones ideales entre ellas. Una alternativa es suponer que el sistema que defienden es global, es decir, no se trata de la convivencia de muchas sociedades/naciones ideales, sino de sólo una gran sociedad/nación ideal a escala planetaria; lo que parece ser una mega utopía. Otra opción es asumir que habrá muchas sociedades/naciones, todas ellas sólo socialistas o sólo capitalistas, lo cual impone que, además de que las personas al interior de cada una de éstas sean moralmente perfectas, dichas sociedades/naciones lo sean también en su forma de relacionarse entre ellas, una meta utopía. En cualquier caso, ambos autores omiten este asunto en sus análisis.

2. El egoísmo es referido por ambos autores como una de las principales dificultades para que los modelos ideales que plantean se cristalicen en la realidad.

3. El nombre «tragedia de los comunes» se refiere a la tendencia a explotar y luego extinguir los recursos cuando estos no están asignados a nadie (Brennan 2014, cap. 4).

Conclusiones

Pese a los esfuerzos desplegados por nuestros autores, sostengo que ninguno de ellos logra desprenderse del todo de las circunstancias que determinan el mundo real a la hora de presentar el ideal utópico que defienden ni al confrontarlo con el que impugnan, lo que, en el caso de Brennan, se observa principalmente en la serie de fundamentos que provee para sustentar que el capitalismo es el único sistema capaz de producir crecimiento económico. Con todo, el intento de Cohen fracasa desde el principio pues su comparación nunca es entre dos sistemas ideales, en tanto el de Brennan, porque nos presenta un capitalismo ideal que es contrastado con un socialismo que no es igualmente ideal.

Aunque ambas propuestas puedan resultar valiosas desde la perspectiva de intentar describir cómo serían el socialismo y el capitalismo en un entorno ideal, las dos adolecen de concebir que en ellas participan personas moralmente perfectas, lo que pareciera conducirnos inevitablemente a la conclusión de Edward Wilson respecto del socialismo, pero aplicable también al capitalismo: “gran teoría, [con la] especie equivocada” (Brennan 2014, cap. 1). Por ello, el ejercicio resultaría más valioso si considerara a los individuos con sus comportamientos y motivaciones reales, así como teniendo presentes las condiciones necesarias para la escalabilidad de esos modelos desde las micro sociedades en que son diseñadas a la sociedad completa. Lo primero no se traduce en suponer que el egoísmo y la codicia son los elementos que nos definen, pero sí reconocer que están presentes y que por tanto deben ser incorporados en cualquier diseño y análisis. Lo anterior permitiría comprobar si es correcto el aserto del filósofo de Oxford de que el “problema no es primordialmente el egoísmo humano, sino la falta de una tecnología organizacional adecuada: nuestro problema es un problema de diseño” (Cohen 2011, 48).

En conclusión, sostengo que los autores no consiguen demostrar la superioridad de sus modelos ideales, tanto por no

lograr desprenderse completamente de las condiciones del mundo real, como por concebirlos habitados y operados por seres humanos moralmente perfectos.

BIBLIOGRAFÍA

- Brennan, Jason, 2014. *Capitalismo, ¿por qué no?* Traducido por Fernando Claro. Santiago: Fundación para el Progreso.
- Cohen, Gerald A., 2011. *¿Por qué no el socialismo?* Traducido por Verónica Sardón. Madrid: Katz Editores.

Fecha de recepción, 3 de enero de 2024.

Fecha de aceptación, 19 de marzo de 2024.